

Posibilidades educadoras de los campamentos jornaleros agrícolas migrantes

ANA MARÍA MÉNDEZ PUGA,¹ IRMA LETICIA CASTRO,² EDUARDO DURÁN³



Resumen

La migración interna en México es un fenómeno que se ha estudiado desde perspectivas económicas, sociológicas y antropológicas. Es reciente el interés desde la educación y la psicología. En este texto se abordan parte de los resultados de un estudio que pretende dar cuenta de la situación de las niñas y niños jornaleros y de sus familias, se enfatizan elementos contextuales y educativos, que permiten pensar los campamentos agrícolas desde sus posibilidades educadoras y como espacios de reconstitución de los sujetos. El estudio se realiza en campamentos de Yurécuaro y Tanhuato, Michoacán, desde la perspectiva etnográfica y de la investigación-acción, documentando lo que sucede en la dinámica cotidiana de los campamentos, al mismo tiempo que propone líneas de acción, incorporando lo que los diferentes sujetos proponen en sus narrativas.

Descriptor: migración, campamentos jornaleros, educación básica, trabajo infantil.

Educational Possibilities in Migrants Day-laborers Camps

Abstract

Internal migration in Mexico is a phenomenon that has been studied from economic, sociological, and anthropological perspectives. Only recently, scholars of education and psychology have become interested in this subject matter. In this article we present some results from our broader research on the situation of child day-laborers working in the fields and their families. We emphasize the contextual and educational elements which allow us to think of rural work camps as spaces with educational possibilities where individuals might be reconstituted. This study focuses on the rural work camps of Yurécuaro and Tanhuato in the state Michoacán and it adopts perspectives from ethnography and action research in order to document everyday life at the camps and, at the same time, to propose lines for future action by listening to what the subjects propose in their own accounts.

Keywords: migration, day-laborers camps, basic education, child work.

Artículo recibido el 3/10/2008
Artículo aceptado el 18/01/2009
Conflicto de interés no declarado

1 Profesora investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH). a_puga_m@yahoo.com

2 Coordinadora del programa Preescolar y primaria para niños jornaleros agrícolas migrantes (PRONIM) en Michoacán, México.

3 Miembro del Equipo Académico Estatal de PRONIM, Michoacán.

Con la colaboración de Lizbeth González, Rosa K. Solorio, Katia E. Valenzuela y Nately Carmona, alumnas becarias y auxiliares del proyecto, a quienes agradecemos su apoyo.

Antecedentes

El Programa preescolar y primaria para niñas y niños jornaleros agrícolas migrantes (PRONIM) comenzó a funcionar en el estado de Michoacán en el ciclo 2007. Tuvo a su cargo la educación básica (preescolar y primaria) en la región de Tanhuato; en este ciclo agrícola (2008), también se atendió a las niñas y niños de Yurécuaro. En años anteriores había estado a cargo del Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE). Por otro lado, en Michoacán no se había hecho trabajo de investigación con la población jornalera, para tratar de entender su dinámica y de conocer más acerca de quiénes son y de dónde vienen, buscando abordar específicamente aspectos educativos. Si bien, SEDESOL, CONAFE y la Secretaría de Salud tenían datos relevantes, aún eran insuficientes. Por todo ello se propuso el proyecto Jornaleros agrícolas en Michoacán: diagnóstico de las necesidades educativas de la población, con el objeto dar apoyo y acompañamiento a la puesta en marcha del PRONIM, al mismo tiempo que lograba sus propios objetivos, tratando de desarrollar una propuesta, basada en el PRONIM, más acorde a la situación de los jornaleros de Michoacán. El proyecto fue aprobado por los fondos sectoriales SEP/SEB-CONACYT en la convocatoria del 2006 y desde 2007 se ha venido trabajando, haciendo un diagnóstico y generando estrategias de atención más pertinentes. Hasta ahora se han realizado tres de las cuatro etapas propuestas: la primera y segundas de diagnóstico, la tercera de propuestas y la cuarta de reflexión y valoración.

El proyecto se propuso en cuatro fases, asumiendo la etnografía como método de trabajo, tratando de observar y registrar, con el fin de reflexionar estos resultados y generar propuestas; así también se propuso en la lógica de la investigación-acción, tratando de que esa reflexión y diálogo de los resultados se diera con los actores del proceso, para tratar en la medida de lo posible de implicarlos en las propuestas.

Así, este texto —a partir de los hallazgos y experiencias—, trata de reflexionar las posibilidades educadoras de los campamentos jornaleros agrícolas migrantes en los campos de Tanhuato y Yurécuaro en el estado de Michoacán, a donde llegan familias jornaleras de Michoacán, Guerrero y Oaxaca, y en menor medida, de San Luis Potosí, Guanajuato, Puebla, Hidalgo. Casi todos son indígenas, casi todos bilingües; la mayoría de las familias con niñas y niños en edad escolar, con experiencia migratoria que va de uno a

catorce años; con trabajo agrícola en Michoacán, Nayarit y Sinaloa. En esos grupos la mayoría de las mujeres no saben leer y escribir, al igual que más de un 40% de los niños mayores de 7 años.

El texto se estructura en cuatro apartados; en el primero se describe a Tanhuato y Yurécuaro en función del trabajo agrícola y de los jornaleros; en el segundo se hace una descripción de algunas de las interacciones que dan cuenta de las condiciones de la vida en los campamentos; en el tercero se habla de la escolarización, para finalmente, en un último apartado hablar de esas posibilidades educadoras. Lo fundamental es el rescate del trabajo etnográfico que se ha ido generando por todo el equipo y los educadores, así como las acciones exitosas.

Tanhuato y Yurécuaro, pueblos de migrantes

El mundo globalizado nos acerca y aleja al mismo tiempo, nos hace ser parte y nos excluye; las familias que migran parecen cobrar existencia por momentos, en otros, todos nos olvidamos de ellos. No obstante, es necesario darnos cuenta de que somos parte también de ese mundo, ya que gran parte de lo que comemos llegó a nuestra mesa por el trabajo infantil, así como de la vulnerabilidad en la que viven los niños y niñas (Cos-Montiel, 2000, Ramírez, 2006, Rodríguez, 2006 y Del Río 2006). También es necesario pensar desde la lógica histórica e identificar que el origen primario está en la desigual distribución de la riqueza, en la falta de empleo, en la falta de servicios básicos en los que viven millones de mexicanos. La pobreza es entendida entonces, desde la falta de los bienes y servicios básicos para la supervivencia con dignidad.

Boltvinik y Damián (2001) retoman una clasificación de la pobreza de la Encuesta de ingresos y gastos de los hogares (ENIGH 1989-1998), en la que señalan que “hay pobres entre los pobres”, es decir hay estratos o tipos específicos de pobreza, estos son: indigentes, pobres extremos, pobres y no pobres, dependiendo de si están por esa línea que va a denominarse “nivel de vida”. Los datos de pobreza suelen ser diferentes, dependiendo de quién y desde dónde se definan; con el Método de Medición Integrada (MMIP) se dice que hay 75 millones de pobres y de acuerdo con la CEPAL, hay 47 millones. Considerando datos del Banco Mundial se hablaría de que 50% de los 105 millones de habitantes de México viven en pobreza y 15% se encuentra en la línea de extrema pobreza, es decir, que viven con un dólar o menos al día.

Las familias jornaleras agrícolas representan a muchos de esos “pobres entre los pobres”, son familias en situación de pobreza y de pobreza extrema, con alimentación inadecuada, no tienen un empleo seguro, no son bien pagados, sufren de explotación, muchos no poseen nada en sus lugares de origen y debido a esto se dedican a migrar de un lugar a otro, definiéndose como migrantes itinerantes. Su aspecto en general da cuenta de su mala salud. Algunos niños presentan anemia, no cuentan con un seguro ante algún accidente laboral, viven maltrato social, tienen bajos niveles de escolarización, entre otros problemas graves (INEGI, 2004). Es por todo esto que buscan mejores condiciones de vida, ya que residen en estados pobres del país y salen a otros estados donde hay empleo, como Michoacán, Sinaloa o Nayarit, llevando consigo toda la familia. Por lo regular se van a campamentos agrícolas para trabajar de jornaleros, trabajo que conocen muy bien pues se enseña de generación en generación (López, 2006).

Ahora bien, de acuerdo con el papel que juega en el mercado de trabajo, Michoacán es considerado como estado intermedio, ya que combina zonas de atracción y de expulsión (SEDESOL, 2003). En las zonas agrícolas del estado (Yurécuaro-Tanhuato, Huetamo-San Lucas, Los Reyes y Taretan-Nuevo Urecho) se encontró que el mayor porcentaje de los jornaleros agrícolas provienen de las entidades más pobres de la República Mexicana. En tres de las cuatro regiones (Yurécuaro, Huetamo y Los Reyes) hay un gran número de personas de Guerrero y Oaxaca. En menor número, se encontraron personas provenientes de otros estados: Guanajuato, Puebla, Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí, Aguascalientes, Veracruz y Sinaloa.

En Huetamo (región de Tierra Caliente) se cultiva melón con fines de exportación a Japón, fundamentalmente; son grandes extensiones rentadas a los ejidatarios por la “Legumbreira San Luis”. Ahí hay siete campamentos, la mayoría tienen guardería y comidas calientes para los niños y niñas. Se ofrece escolarización por el CONAFE. En Los Reyes y Taretan-Nuevo Urecho, zonas cañeras, la tradición de migración tiene más años, también la experiencia de atención educativa que se brinda por el CONAFE. En Los Reyes, en la época de la zafra, es donde más niños se concentran. Tanhuato y Yurécuaro son poblaciones que cultivan hortalizas y maíz, siendo en estas dos poblaciones donde comenzó a ofrecerse atención educativa por parte de PRONIM.

Tanhuato y Yurécuaro son dos municipios del estado de Michoacán que están en los límites con el es-

tado de Jalisco; poseen agua y llanos fértiles que hacen posible la agricultura. Como dato interesante, son en verdad “pueblos bicicleteros,” hay muchos automóviles, pero también bicicletas y motocicletas. En ambos comenzó a explotarse la tierra, atendiendo a estrategias más viables de cultivo en los años cincuenta. Al momento de la cosecha se encontraron con la dificultad de conseguir trabajadores, los disponibles no estaban dispuestos a aceptar los bajos salarios y las condiciones que se ofrecían. Varios padres de familia habían comenzado a migrar a Estados Unidos en la posguerra y la tradición continuaba con los hijos, luego se fueron las familias completas. Esa situación demandó la contratación de trabajadores de otros municipios. Así fue como en los años sesenta comenzaron a llegar, para cosechar, trabajadores de distintas regiones del estado, por cortas temporadas. En los años 80 se consolida una agricultura intensiva, que demanda trabajo externo; por ello fueron llegando campesinos de más lejos, y hoy llegan de Guerrero y Oaxaca, entre otros estados. En las cabeceras municipales de ambos municipios, en los pueblos llamados con el mismo nombre con que se designa al municipio, existen jornaleros. Se comenta que en los años ochenta fue el auge de la producción –algo que ya no se ha logrado– y que fue cuando más jornaleros hubo.

Hay varias familias asentadas, provenientes de Zamora, de Santa Fe (Municipio de Quiroga) y otras comunidades de Michoacán y Guerrero; su estancia ha cambiado la dinámica y el paisaje de Yurécuaro. Los lugareños los toleran, se refieren a ellos como pobres, “robabicicletas” y alcohólicos. Es cierto que en muchos días que no se ofrece trabajo, los hombres jóvenes y adultos están a la orilla de la vía del tren esperando y consumiendo alcohol, sin embargo; la riqueza que generan para el pueblo se observa en la calidad de vida de los demás habitantes. A este grupo se vienen a incorporar los jornaleros que llegan a buscar trabajo y también esperan ser contratados por el día. Llegan las camionetas y se los llevan, el intermediario hace el acuerdo con el que maneja la tierra, no necesariamente con el dueño, y después de levantar la cosecha, les paga el jornal.

Hoy, se sigue cultivando chile jalapeño, chile para rellenar, jitomate, cebolla y tomatillo, dirigido al mercado nacional. También se sigue la tradición de migrar a Estados Unidos. Una pareja migrante que vivió en Estados Unidos e hizo allá una familia, ha regresado al pueblo y ahora cultiva una pequeña propiedad que no llega a cuatro hectáreas, lo hacen por “no tener

ociosa la tierra”, “por lograr ese sueño de jóvenes de ver producir lo propio”, por tener algo que hacer en su pueblo; están jubilados y seguramente reciben pensión de Estados Unidos. Esta pareja, al igual que otras familias que cultivan la tierra no se pueden definir como empresarios en sentido estricto. Eso mismo pasa en casi todos los campos, son pequeños propietarios que siembran esas pequeñas propiedades, o bien, son los antiguos ejidatarios (en todo el municipio son más de mil). Sin embargo, también comienzan a existir los empresarios, aquellos que rentan tierras y acumulan, junto con las suyas, grandes extensiones en las que producen en grandes cantidades para exportación y para el mercado nacional.

En ambos municipios la cantidad de hectáreas dedicadas a los diferentes cultivos puede ser más de 10 mil; sin embargo, el dato preciso de cuántas se dedican al jitomate, al chile jalapeño o al chile de rellenar, que son en los que se ocupan jornaleros, no se tiene en la página web de la Secretaría de Desarrollo Rural Delegación Michoacán (2007); aparecen únicamente 1,400 hectáreas dedicadas al jitomate. Lo que sí se observa es que son de las que más toneladas obtienen por hectárea. Otros municipios dedican más hectáreas, pero con menor rendimiento.

A escala nacional la producción de jitomate en Michoacán representa el 7%, sumando todos los municipios que lo cultivan, a diferencia de Sinaloa que aporta el 40%, con un alto rendimiento por hectárea. En el caso de Sinaloa, la producción es para la exportación y el consumo nacional y en Michoacán casi toda es para el consumo nacional.

Así, estos municipios producen alimentos y generan fuentes de empleo temporales con condiciones diferentes respecto a otras zonas agrícolas. Las personas reciben por día trabajado \$120.00 en promedio –80 u 85 en las épocas malas–, sin embargo, no tienen trabajo diario seguro, pueden o no ser contratados para el día; no reciben atención médica; si se enferman y no pueden trabajar dejan de ganar y tienen que gastar en medicinas, a diferencia de Baja California o Sinaloa donde se paga menos el jornal, pero se asegura el trabajo y atención médica por parte del patrón.

En Tanhuato funciona un albergue con 50 habitaciones (apoyado por el ayuntamiento y SEDESOL), cada una con dos literas y anaqueles (lockers) para guardar las pertenencias. En cada uno llegan dos parejas con un promedio de tres niños; se supone que si llevan más tienen derecho a una sola habitación. Sin embargo, en noviembre cuando es mayor la de-

manda de jornaleros se observa que duermen en camionetas. En ese albergue sólo se aceptan a los p'urhépecha.

En Yurécuaro comenzó a funcionar un albergue en este ciclo agrícola (2008), pero es insuficiente y las personas rentan cuartos, pasillos, zahúrdas; en general, son lugares insalubres con pobres condiciones.

En varios campos trabajan niños de nueve años en adelante; en algunos casos se ha sabido de niños de 8. Los de seis y cinco que van con sus padres al campo, cuidan a sus hermanos menores (de meses a tres años). Es común que trabajen mujeres embarazadas y mujeres con sus niños cargados en la espalda. “Ch”, un niño de once años que en el ciclo agrícola pasado (2007) fue a la escuela, en este ciclo agrícola trabaja en el surco cosechando chile, “mientras se arregla que lo reciban en la escuela, porque no trae papeles de la escuela anterior”. Va a trabajar, igual que sus hermanas de 13 y 14 años, y que su tío de su misma edad; ellos son de Zamora. No son indígenas, trabajan en tres cultivos, el chile, el jitomate, la zarcamora y la fresa en estos campos y en otros de Zamora o Jacona. Su hermana de diez años cuida a los más pequeños. Casi toda la familia materna de “Ch”, son jornaleros.

“R”, es la segunda hija de un matrimonio de Ichán; son bilingües. Ella a los siete años cuidaba de su hermano de 7 meses en el campo, mientras su mamá y su papá trabajaban. Su madre es hija de jornaleros y ha trabajado en Michoacán y Sinaloa. “R” va a la escuela por la tarde, en el campamento, lee y escribe poco y muestra poco interés por los contenidos, se interesa cuando le leen en voz alta. En su pueblo, Ichán, el maestro opina que ella es floja y que está retrasada respecto al grupo por irse a los campos. “R” y su madre hacen alcancías que venden a treinta pesos la docena. Si logran colocar una individualmente la dan a diez pesos.

La historia de “Ch” y “R” y de sus familias es lo más común en Yurécuaro y Tanhuato; son familias que no tienen otra fuente de empleo y si la tienen es la artesanía. Ante la pregunta de por qué van a trabajar fuera de sus pueblos, responden, “porque hay trabajo” y “pues por qué más seño, somos pobres”. Al igual que “Ch” y “R” muchas niñas y niños trabajan a temprana edad en actividades que exceden su fuerza física y sus posibilidades de responder a esa demanda.

A varias de las mujeres se les preguntó qué desearían y responden que una tarde libre para sentarse a coser mandiles o para visitar a su mamá; tener un poco de dinero para hacer otro cuarto en la casa; que

sus hijos aprendan en la escuela y sean mejores que ellas, *“que deje de venir a trabajar y tenga algún ahorro”*, y algunas responden *“fuera de su casa uno no puede desear nada”* y ante la insistencia de la entrevistadora responden *“que tuviera dinero para comprarme un terreno aquí donde hay trabajo y vivir aquí con mi familia”*.

De la mirada en las vecindades, los campamentos y los campos

Las niñas y niños que están en las vecindades desean ir a la escuela, recuerdan su escuela anterior, sus maestros. También les sorprende lo que vivieron en el viaje, hablan poco, se emocionan ante los libros. Los niños grandes de Tlapa (11 y 12 años) se interesan por los libros que llevamos, leen de manera fluida, hablan entre ellos en tlapaneco, se ríen y toman otro libro; ayudan a corregir a los niños más pequeños las escrituras que intentan hacer en una hoja o en la computadora. Las niñas más grandes (11 y 12 años) no saben leer y escribir, se inhiben ante los libros, finalmente los toman y comienzan a construir historias, dice Karina (auxiliar del proyecto) *“que parece que fueran describiendo pantallas donde la historia va pasando, como en el cine”*, *“dicen lo que está y van más allá de las imágenes”*.

Luego sale una señora joven (no más de 24 años); un señor corta leña y otro barre el patio común en la vecindad, ella voltea a verlos de reojo; no dialoga, cuando se le pregunta directamente contesta. Escucha que los niños hablan de la escuela, ella comenta que también desea aprender a leer y escribir, dice: *“yo tampoco se leer ni escribir, ¿me pueden enseñar a mí también?”*.

Esta dinámica se repite de manera similar en otras vecindades (en algunas, los adultos se alejan y no se logra el diálogo); los niños desean aprender, quieren tener su mochila con útiles escolares, con cuadernos, hacer tarea y tener un maestro. Demandan afecto, se aferran a los brazos, se cuelgan de los adultos, los más pequeños lloran, en ocasiones aparentemente sin motivo, pero igual, se consuelan como si nada, como cualquier otro niño. Están sonrientes nuevamente, los hermanos mayores (algunos sólo tienen 8 años) que son los que los cuidan, están atentos a que no les pase nada. Exploran los libros y voltean a ver qué hace el hermanito. Varias son niñas, contestan las preguntas, pero están más interesadas en los libros.

En las vecindades la mayoría de las familias son de Guerrero, otras de Guanajuato, de Zamora, de San Luis Potosí, de Oaxaca. Se escuchan distintas lenguas, ellos dicen que hablan “la lengua tlapaneca”,

otros que hablan “la idioma tlapaneca”, otros sólo sonríen. También hay hablantes del mixe, del mixteco, algunos más hablan náhuatl. Comparten los patios, los pasillos, los fogones, los baños; comparten sus saberes en torno al trabajo agrícola, se apoyan entre los miembros de una misma comunidad, hay lazos familiares: abuelos, suegros, tíos, primos, hermanos, cuñados. De tal suerte, que aunque no vivan en un campamento, como sucede en Tanhuato, aparezcan como un gran colectivo, como una comunidad de práctica que se mueve, trabaja, produce, consume, festeja. Comunidad de la que los niños son parte como un adulto más.

En Tanhuato, se observa mayor homogeneidad, en el campamento apoyado por el ayuntamiento y por SEDESOL, todos son p'urhépecha, llegan de Ichán, Tacuro, San Andrés, San Isidro, Santa Fe, Turícuaro y Zipiajo. Las condiciones de vida son mejores que en las vecindades, también se comparten los baños, los fogones y los pasillos, pero ahí hay aulas, ahí están los niños con posibilidades de acudir a la escuela, hay cancha de básquetbol y algunos juegos mecánicos. Ahí los niños parecen más niños, si bien también los mayorcitos (6 a 9 años) cuidan a los menores, tienen espacios para el juego, están más cuidados, enfrentan menos riesgos.

En el campamento hay un cartel y un letrero en p'urhépecha (“usen condón”, el cartel y “no fumen mariguana”, el letrero, este último también en español), es todo el ambiente alfabetizador en p'urhépecha; en español hay varios, en la tienda del cuidador del campamento.

En los campos, en este caso de chile jalapeño, se observan grupos de trabajadores en una sola zona de corte, guiados por el enganchador que es el intermediario entre los que pagan y los trabajadores; había menores de 10 a 14 años sin concluir la escuela primaria. A diferencia de Baja California donde las multas a empresarios han desalentado el trabajo infantil, en Michoacán aún no se logra que las autoridades intervengan, porque los mismos padres están interesados en que sus hijos trabajen. Hay tres oficios que realizan los jornaleros: cortador, que es la menos pagada, es lo que casi todos hacen, incluidos los niños; cargador o mecapanero (llevan un canasto que van llenando los cortadores al vaciar sus cubetas) que es la mejor pagada; y encostalador, que implica la selección y el llenado de costales —hecha por mujeres—.

Las niñas y niños trabajadores cuentan que ya van a terminar de llenar el camión y que saldrán temprano. Que los del camión les dan agua y que si fuera

más lo que hay que cosechar y fueran a llenar dos camiones se tardarían mucho y les comprarían pollos para comer. Les preguntamos que quién los enseña a cortar y señalan al intermediario. Traen guantes y gorra con visera; se les ve delgados y comentan que ya tienen hambre. Está nublado y eso parece hacer menos pesado el trabajo. Mientras hablamos con ellos todos están tomando un pequeño descanso; mientras se decide si con lo que cortaron ya es suficiente para llenar el camión, los adultos les hacen bromas a los niños y se hacen bromas entre ellos.

Una de las mujeres que está seleccionando y encostando está embarazada de ocho meses; está junto a su madre, su hermana y su sobrina; las cuatro hacen la selección, platican, e ríen. Ella dice que está trabajando para comprar un colchón para recibir a su hijo, porque no tiene. Solicita la apoyen recibiendo a su hija de tres años en el preescolar del campamento; dice que el año anterior no se la recibieron porque no avisaba para ir al baño, pero que ya lo hace y pide nuestra intervención, porque la tiene que dejar con su prima que cuida a cuatro niños. La hermana que está a su lado está cubierta con una gorra, se le ve triste, le preguntamos que por qué no ha llevado a sus hijos a la escuela y contesta que porque no ha localizado a la directora y que debe hablar con ella porque en la escuela de Zamora no le hicieron válido el papel del año anterior.

Es un campo de Tanhuato, así que casi todos son p'urhépecha o de Zamora. El dueño acepta platicar y cuenta que él llegó de Estados Unidos y que le cuesta aceptar que lleven los niños a trabajar; dice que antes se veían más y más pequeños, que ahora ha disminuido el número de niños y de mujeres con bebés en la espalda. Muestra las tierras cercanas y dice que antes ahí había una comunidad próspera que se acabó con la migración y que ahora quienes hacen producir las tierras son de otra migración. Habla de lo difícil que es tener un negocio productivo con una tierra pequeña como la de él, que antes se trabajaba por los propios dueños y uno o dos peones a los que se les pagaba por día, sembrando más para el consumo que para la venta, que se vendía sólo algo, que ahora, si se quiere ganar hay que vender e invertir. Es un hombre sencillo al que su esposa anima a que cuente sus experiencias como productor agrícola, ella también comenta la diferencia entre el campo de Estados Unidos y el mexicano, pero que ella prefiere este campo que compró con sus ahorros al de allá donde crío a sus hijos y donde los dejó para venirse a su tierra. Así que ambos comentan que entienden

“el peregrinar” de estas familias y se sienten bien de poder darles un empleo, aunque sólo sea por los días que dura la cosecha, que esperan algún día cambien las cosas y se mejoren las condiciones de los agricultores que son pequeños propietarios, como ellos, para que a su vez ellos mejoren las condiciones de los trabajadores.

Escuela y escolarización en los campamentos.

Los datos que se tienen de Tanhuato y Yurécuaro es que hay más de 500 niñas y niños en edad escolar. Las edades de las niñas y niños van de los 5 a los 14 años y la edad promedio es de 9.6, de ellos, un 51% son niñas y el otro 49% niños. EL 68% de la población infantil que llega a los campamentos de Michoacán, provienen del estado de Guerrero, de municipios de alta y muy alta marginación. En segundo lugar aparece la población procedente del mismo estado de Michoacán, que representan el 15%, los cuales son originarios de la Cañada de los Once Pueblos y de la Meseta P'urhépecha, regiones que no son consideradas como de alta marginación. El porcentaje restante es de otros estados.

En la diversidad lingüística presente en los campamentos se observa que las niñas y los niños mayores de 6 años hablan el español y su lengua materna en un 41%. El 49 % habla español solamente. El 10% es monolingüe en su lengua materna. A este respecto, los padres entrevistados mencionan que las circunstancias de la migración les permiten a sus hijos acceder al español como segunda lengua, a edades más tempranas.

Los niños que acuden a la escuela son los menores de nueve años, casi todos a primero o segundo, es poco probable que acudan niños mayores de 12 años.

El 48% de las niñas y niños mayores de 7 años no saben leer y escribir. En el caso de las madres se podría hablar de un porcentaje mayor al 25% que no sabe leer y escribir, aproximadamente.

Por su parte en la región de Yurécuaro, con sus características de dispersión habitacional, es muy difícil darles atención. En el ciclo 2007 una instructora de CONAFE que tenía que atender un grupo en una de las vecindades acordó con el dueño que le prestaría un cuarto que estaba lleno de escombros. Entre ella, algunos padres y madres y los niños y niñas limpiaron el cuarto, cuando comenzaron a tomar clases lo rentó y los dejó en el patio.

En las diferentes regiones se encontraron además, niñas y niños que presentan alguna discapacidad: motora, visual, auditiva e intelectual. De ellos

no se puede precisar el total, ya que los padres difícilmente quisieron proporcionar información; sin embargo, es otra parte de la población que se encuentra excluida de la atención educativa.

Se encontró que aproximadamente un 48% de niños trabajan de manera formal en los campos agrícolas, y otro porcentaje casi de un 40% no lo hacen en el campo, pero sí realizando labores domésticas, cuidando a los hermanos menores y/o su vivienda.

Antes de comenzar el trabajo en Tanhuato se trabajó en Huetamo, ahí las condiciones son distintas en muchos sentidos, pero iguales en la inequidad hacia la infancia: niñas y niños que trabajan, que no acuden a la escuela, familias que se niegan a enviar a los niños y niñas a la guardería o a la escuela y que los dejan solos en el cuarto donde viven o se los llevan al campo a cuidar a los menores.

Un trabajo demasiado regular, las largas jornadas y la intensidad de las actividades dañan seriamente el organismo infantil. Además están expuestos a los mismos peligros que los adultos, pero por sus características anatómicas y psicológicas son más vulnerables a los riesgos: “el costo del trabajo infantil es muy alto, especialmente para la salud de los menores. Las prolongadas jornadas laborales pueden deformar los huesos y la concentración visual puede dañar la vista. Por la desnutrición y cansancio aumenta la probabilidad de enfermedades infecciosas y lo expone a accidentes de trabajo.”. “Los efectos sobre su salud pueden ser más catastróficos en su caso, dañando irreversiblemente su desarrollo físico y mental, con graves repercusiones consiguientes, más tarde en su vida adulta” (OIT, 1996).

En el siguiente comentario se pueden observar claramente los roles que juegan los niños en el ámbito laboral desde edades muy tempranas. (Entrevistas realizadas a niñas jornaleras de 7 y 8 años de edad).

Entrevistadora: ¿En dónde vivías?

Li: En Michoacán, vivía en mi pueblo pero ya no vivo, pero nos vamos a ir a Nayarit.

Ent: ¿A qué se van a ir a Nayarit?

Li: A trabajar.

Ent: ¿Trabajas en el campo?

Li: Mi mamá me dice que me meta al trabajar jitomate, chile, tomate...

Ent: ¿Y tú te quedas solita cuando tu mamá se va a trabajar?

L: Mmm, yo me voy con mi mamá.

Ent: ¡Ah! ¿Te vas con tu mamá?

L: Mjum.

Ent: ¿Y tú qué haces allá en el campo?

L: Este... cortando.

Ent: ¿Cortando qué?

L: Este... jitomates y chiles.

López Limón (1998) explica: “los empresarios saben que los menores les son indispensables y aprovechan la habilidad de las manos infantiles en la producción y las autoridades se prestan a la ilegalidad del trabajo infantil. Para las compañías es también una “reserva” de la que dispone por temporadas; ya que sin los niños tendrían que atraer a trabajadores de otros sectores, o bien, importar mano de obra de otras regiones, lo que aumentaría también el costo de producción. Para ocultar esta necesidad, los grandes agricultores afirman que son los padres de familia los responsables de que los niños trabajen, que ellos no lo promueven ni tienen nada que ver”.

En la actividad de deshierbe, los que contratan prefieren las manos infantiles que no maltratan la planta que va creciendo al quitar las hierbas dañinas.

Todo lo anterior ocasiona poca participación en el aspecto educativo ya que al migrar de su lugar de origen al actual de trabajo provoca que queden inconclusos los ciclos escolares y existan diferencias de oportunidades.

Willis (1988) menciona que existe un momento en que la familia decide la incorporación de los hijos al trabajo productivo y sumar su trabajo al resto de la familia con el fin de “salir adelante”. Pero al mismo tiempo, en ese instante, al carecer de escuela se esfuman las posibilidades de tener un empleo mejor remunerado y quedan atrapados en un trabajo descalificado, perpetuando la desigualdad social. Como se puede observar en los siguientes fragmentos de entrevistas realizadas a diversas niñas jornaleras migrantes:

Ent: ¿Vas a la escuela?

Li: Mi mamá me manda para que quiere meterme a la escuela, pero estoy en la casa sin trabajo.

Ent: ¿Para qué te gustaría ir a la escuela?

Li: Me gustaría ir a la escuela para aprender.

Ent: Cuando vivías en tu pueblo ¿ibas a la escuela?

Li: No iba a la escuela.

Ent: ¿No vas a la escuela?

L: No (con la cabeza).

Ent: ¿Por qué no?

L: Porque no.

Ent: ¿No te lleva tu mamá?

L: Mi mamá, este... fui en Zamora, en Zamora al kinder y no que quieren dar mis papeles, no me quieren dar mis papeles.

Ent: ¿Y por eso no puedes ir a la escuela tú?

L: Yo no voy a la escuela, voy al kinder.

Ent: ¿Ahora vas al kinder?

L: No.

Ent: ¿Ibas al kinder?, ¿Antes?

L: Sí, antes iba al kinder en otro lado.

Ent: ¿Y tu qué quieres hacer?, ¿Quieres ir a la escuela?, ¿Qué quieres hacer?

L: Quiero ir al kinder pero mi mamá no me mete, no tengo los papeles.

Comunidades de origen

Se entrevistó a las familias jornaleras del campamento de Tanhuato, en sus comunidades de origen, Ichán y Tacuro, ambas localidades p'urhépecha de la región denominada, "La Cañada", en el estado de Michoacán. De la encuesta realizada a 31 familias, destacan datos del tiempo que están fuera del hogar; 34% está fuera de su comunidad de tres a cuatro meses, impactando con ello en el año escolar de cada niño y niña, dado que los meses que suelen estar en el campo agrícola, son de septiembre a diciembre.

Por otro lado, es común que viaje toda la familia. Algunas familias mencionan que niños y niñas se quedan con sus abuelos. Sin embargo, estos niños aprovechen cualquier oportunidad para irse con su familia, de tal suerte que en ocasiones no van a la escuela, ni en su comunidad (porque dejan de ir, al no tener el apoyo de sus padres), ni en el campamento porque llegan tarde, o bien, se ponen a trabajar. O porque no tienen papeles.

Estudios del INEGI (2004) han evidenciado que la brecha entre ricos y pobres se profundiza en la medida en que sigan sin tener oportunidades de mejorar su acceso a la información y a la formación de calidad. Por otro lado, y de acuerdo con Vaneckere (1988), Rodríguez (2006) y SEDESOL, PAJA, UNICEF (2006) casi todos los estudios coinciden en las difíciles condiciones de trabajo, la insalubridad de las viviendas, la carencia de agua potable, que en ocasiones al ser usada para lavar los productos —melones— sólo les dejan para tomar, y deben usar agua contaminada para bañarse y lavar la ropa. Además de la ausencia de prestaciones sociales y atención médica. Esas condiciones, son similares a las encontradas en los campamentos de Tanhuato y Yurécuaro, en donde todo puede parecer adverso. Al mismo tiempo, también hay posibilidades para mejorar las condiciones de vida y las condiciones en las aulas si logramos identificar y poner en juego los saberes que los niños y niñas logran en el camino. Su competencia lingüís-

tica en español, en el caso de los niños y niñas bilingües, es más fluida que de aquéllos que no migran, sin que tengamos un estudio que lo evidencie, pero es algo que se observa. Si bien la escuela no está para ellos, ellos van aprendiendo. Es por ello que la escuela tendría que transformarse y responder a sus necesidades.

De las posibilidades educadoras de los campamentos

De los resultados de encuestas, revisión de experiencias en otros estados, entrevistas a profundidad, de la observación e intercambio con las familias, de los talleres realizados durante el ciclo 2007 en la escuela del campamento de Tanhuato que funcionó de agosto de 2007 a enero de 2008, se identificaron las siguientes fortalezas:

- a) La incorporación de un profesor p'urhépecha durante el ciclo escolar para que apoyara la acción de los jóvenes estudiantes de pedagogía o psicología educativa que trabajaban como profesores haciendo su servicio social a cambio de una beca.
- b) Lo fundamental que había sido incidir en la prevención del abuso sexual y el trabajo con las historias de vida de niñas y niños.
- c) El trabajo de lectura y escritura.
- d) La conformación de un comité de padres de familia y el darle a la escuela un carácter "tradicional", y al mismo tiempo innovador, que les hiciera ver la seriedad del proyecto a los padres y les convenciera de que era una buena escuela para sus hijas e hijos.
- e) El retomar el enfoque intercultural que se propone en el PRONIM y que también se propuso desde las actividades diseñadas por el FOMEIM.
- f) La ampliación del horario de atención, con dos turnos y uno en la noche para adultos.
- g) El trabajo con padres en la jornada nocturna.

De lo anterior es que se generaron las siguientes acciones para este ciclo agrícola (2008):

- a) Incorporación de docentes bilingües estudiantes de la normal indígena, jóvenes interesados en prestar un servicio social verdadero, atendiendo a grupos que requieren de toda su inventiva y compromiso.
- b) Trabajar nuevamente los talleres orientados al trabajo con la afectividad e incidiendo igualmente en la prevención del abuso sexual. Se recupera el trabajo con las historias de vida, haciendo una carpeta de biografía por cada niña y niño en la que se

- escribirá cada día algo de su vida (apoyados por auxiliares del proyecto egresadas de la licenciatura en psicología).
- c) Se formalizó un taller de lectura trabajando estrategias antes, durante y después de la lectura, dentro y fuera de la escuela e incorporando a jóvenes y adultos interesados (apoyados por auxiliares del proyecto egresadas de la licenciatura en psicología).
 - d) La conformación de un grupo de padres de familia que apoye la dinámica escolar en los dos campamentos y en las vecindades, a los niños y niñas de éstas, el PRONIM les dotó de un aula móvil que les permite no depender de la buena voluntad de los dueños de las vecindades.
 - e) La relevancia del enfoque intercultural cobra mayor sentido en las aulas de Yurécuaro donde confluyen varias lenguas y culturas; ahí los jóvenes que aspiran a ser maestros están tratando de incorporar estrategias que les aportaron las maestras de larga experiencia de Baja California.
 - f) La escuela nuevamente está abierta durante casi todo el día, para el que llegue y se interese, también están realizando actividades de promoción fuera del aula; cortando el cabello, dando talleres, haciendo torneos de básquetbol, es decir, de hacer de estas comunidades de práctica, también comunidades de aprendizaje.
 - g) El ciclo pasado se trabajó con los adultos que deseaban seguir estudiando, nuevamente los jóvenes los atenderán.
 - h) Finalmente, al observar la lejanía de la comunidad receptora, se está tratando de incorporarla a las actividades de los grupos, al mismo tiempo que ellos se incorporan a las actividades tradicionales de la comunidad.

Bibliografía

- BOLTVINIK J. y DAMIÁN A. (2001) "La pobreza ignorada, evolución, y características" *Papeles de Población*, julio-septiembre, Número 29, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México, pp. 21-53.
- COS-MONTIEL, F. (2000). "Sirviendo a las mesas del mundo: las niñas y niños jornaleros agrícolas en México" en Del Río, Norma (Coord) *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*. UAM-UNICEF, México, pp. 15-38.
- DEL RÍO, N. (2006). "La sociedad decente frente a la exclusión educativa: el caso de la niñez jornalera migrante" en Lesvia Rosas (Coord.) *La educación rural en México en el siglo XXI*. México, CEE, CREFAL y AYUDA EN ACCIÓN, pp. 253-278.

- INEGI, (2004). *El trabajo infantil en México. 1995-2002*. INEGI: México.
- LÓPEZ CALVA, L. (Compilador) (2006). *Trabajo infantil. Teoría y lecciones de la América Latina*. México: El trimestre económico, FCE.
- LÓPEZ LIMÓN, M. (1998). *Trabajo infantil en México*. En <http://www.enlacesolidario.org/>
- OIT (1996). *El trabajo infantil. Lo intolerable en el punto de mira*. Ginebra, Suiza. En http://www.old.italo.org/actrav/osh_es/m%fedulos/inf/main.htm
- RAMÍREZ, M. (2006). *Educación intercultural para los migrantes. Gestión y Planeación Interinstitucional. Guía de apoyo*. México, FOMEIM, Coordinación General de Educación Intercultural y Bilingüe
- RODRÍGUEZ, C. (2006). Informe del proyecto. *Evaluación de la situación socioeconómica, cultural y educativa de niños que pertenecen a las familias de jornaleros migrantes que trabajan en el estado de Hidalgo*. en <http://basica.sep.gob.mx/dgdgie/cva/programas/fomento/asps/5informes03.asp>
- SECRETARÍA DE DESARROLLO RURAL. Delegación Michoacán (2008). *Estadística básica*, en http://www.oedrus_portal.gob.mx/oedrus_mich
- SEDESOL 2003. *Programa de Jornaleros migrantes agrícolas* http://www.inmujeres.gob.mx/dgpe/migracion/res/Anexo_43_06.pdf
- SEDESOL, PAJA, UNICEF (2006). *Diagnóstico sobre la condición social de las niñas y niños migrantes internos, hijos de jornaleros agrícolas*. en http://www.unicef.org/mexico/spanish/mx_resources_diagnostico_ninos_jornaleros.pdf
- VANECKERE, M. (1988). "Situación de los jornaleros agrícolas en México". en *Investigación económica*. Num. 185, jul-sep IIE/UNAM, México.
- WILLIS, P. (1988). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Ediciones Akal.